

en sus obras sin final, es ahora igualmente imprescindible no ya para reinterpretar sino sencillamente para interpretar el sentido de las piezas. La indagación en la repercusión de esas propuestas de teatro sin palabras desde una perspectiva artística pero a la vez comunicativa, cierran un brillante estudio coronado por varios apéndices de conclusiones que ponen broche final a una de las constantes del autor, el empleo de la ironía como arma contra el sistema establecido.

Este libro de Susana Báez resulta imprescindible no solo para comprender el teatro de José Moreno Arenas, sino también el Teatro como fenómeno universal y atemporal. El veterano y reconocido dramaturgo granadino es dueño de una obra de original enfoque y construcción dramática cuyo estudio se engrandece con las aportaciones de esta tesis, pieza de gran valor para estudiosos y artistas.

Uno de los mayores aciertos de José Moreno Arenas, como se desprende de la lectura no solo de este manual sino de sus propias obras, es haber comprendido que la creación artística es un organismo vivo. En sus piezas teatrales, como fósiles, queda patente la pista de esa dilucidación que el propio autor ha sostenido en las más cavernosas profundidades de la escritura en busca de maneras eficaces de elaboración dramática.

*Juana Escabias*

DEL VALLE, José (ed.), *Historia política del español. La creación de una lengua*, Madrid, Editorial Aluvión, 2016, XX más 514 págs.

José del Valle es un destacado especialista en asuntos diferentes de la lingüística del español, aunque en particular en lo que —en un sentido amplio de la expresión— podría denominarse quizá algo así como “lingüística institucional”.

Edita ahora un amplio volumen que trata de la “Historia política del español”, y quizá algo menos de “la creación de una lengua”; se trata no obstante de un volumen aparecido hace poco y que debe tenerse presente desde luego.

Tras unas páginas primeras de “Fundamentos teóricos”, el texto se organiza en cinco partes, bajo los rútilos sucesivos y paralelos de “La creación del español: perspectivas ibéricas”; “La creación del español: perspectivas latinoamericanas y transatlánticas”; “La creación del español: perspectivas estadounidenses”; y “La creación del español fuera de España y las Américas”. Se trata por tanto de haber asumido una perspectiva integradora y nada castellanocéntrica, antes bien atenta a la multipolaridad del idioma en su extensión geográfica. El texto se debe a veintiún autores, si hemos contado bien.

En el “ensayo introductorio” de la obra recuerda José del Valle cómo don Juan Valera advertía que “la cientificidad del estudio del lenguaje se había alcanzado al alto costo de su separación quirúrgica de los hablantes, del acto de habla, y en fin, de las condiciones contextuales de su existencia”; se trata ahora en efecto de prestar atención a tales condiciones contextuales de la vida del idioma, que es a lo que este

investigador se dedica. Él mismo subraya además cómo don Ramón Menéndez Pidal fue uno de los precursores de la que llama la “sociolingüística histórica”, y se hizo así responsable “de una nueva articulación de la lengua y la historia a través de la mediación de categorías sociales”: no hace falta decir que estas cosas las logró no sólo en *Orígenes...* sino por igual en “Sevilla frente a Madrid”, etc. Ocurrió tras Menéndez Pidal (y tras Meillet, o Hugo Schuchardt), que resultaba posible pensar la historicidad del lenguaje “no sólo como evolución a lo largo de distintas posiciones en un eje cronológico vacío, sino como una relación dinámica con el contexto”, es decir, se pasó de la Gramática histórica según el modelo neogramático a una Historia de la lengua más integradora de hechos y datos coherentes entre sí.

Enuncia claramente el prof. del Valle cómo el lenguaje tiene historia, mas también es histórico: “su naturaleza sólo puede ser entendida en relación al contexto de uso”.

Hace empleo nuestro autor de la expresión designadora “tradiciones discursivas”: ya hemos apuntado alguna vez que esas hoy denominadas así se corresponden en general con lo que los formalistas rusos tenían por géneros literarios históricos o menores, que por igual forman sucesivas tradiciones de clases de discurso: la novela pastoril, la morisca, etc.

En otro capítulo se nos dice en la obra que la creación de la RAE y la edición de sus obras supuso un proceso que “debe ser entendido dentro de un marco general de creciente institucionalización del poder y el conocimiento y una progresiva racionalización de su circulación y distribución. La efectividad del poder real necesitaba que se simplificaran las redes que permitían al rey

tener una mayor presencia y un control más directo sobre todos los aspectos y confines geográficos del gobierno”. Estamos ante una acertada percepción; de hecho en 1974 ya se apuntó de manera análoga cómo la “Gramática...” de don Andrés Bello constituyó una pieza de la construcción político-nacional chilena (F. Abad).

En este orden de cosas, la ley Moyano del Ochocientos venía a decir que “una educación centralizada y homogénea con ayuda de instituciones como la RAE era al mismo tiempo espejo y condición de posibilidad para que España fuera una nación moderna”.

Otro capítulo del presente volumen es el del medievalista bien conocido Roger Wright. Advierte y como es bien sabido que la lengua escrita llevaba ya antes de h. 1200 “siglos presentando rasgos romances”; anota también que la f- en el Cid representó a menudo a [h], y que la morfología verbal de los tiempos primitivos suponía en los textos no literarios “representaciones del habla del escriba y /o autor”.

Fecha Wright las Glosas Riojanas hacia 1070, y hace referencia (p. 49) al rey Alfonso X y también a la primera mitad del Doscientos.

Hay otro estudioso (M. Martínez) que interpreta en este libro el discurso de Carlos V antes el papa en lengua española, en tanto explicable no por nacionalismo, sino de manera más racional por “la cultura lingüística heteroglósica en un contexto tan particular como la corte papal”. El mismo Prof. Martínez alude en un momento a las polémicas literarias mantenidas en torno a Garcilaso y a Góngora, discursos que ciertamente empiezan a quedar recogidos en manuales de Historia de la lengua que se hallan en el mercado, y que respecto al lírico cordobés ensayó ya Menéndez Pidal.

A su vez Alberto Medina reinterpreta el nacimiento de la RAE no por el miedo al excesivo galicismo ni a la deriva culturanista, sino por un deseo de “incrementar la gloria y el honor de la nación y elevar el prestigio internacional del español” como idioma.

Capítulo que no debe quedar indvertido en esta obra de que damos noticia es el referido al Ochocientos, ni tampoco el que se dedica a la Segunda República. Etc.

Si se nos permite hacer dos observaciones a la obra diremos que en nuestra modesta opinión, en notas a pie de las páginas teóricas iniciales, se hacen en alguna ocasión juicios de valor elogiosos quizá en exceso, y —sobre todo— que creemos podrían añadirse al final unas Conclusiones que recogiesen la línea argumental de este ensayo de “historia política del español”, ensayo que —ya está dicho— ha de tener presente el estudioso de nuestra lengua, y a cuya lectura invitamos: de su contenido sólo hemos dado una idea parcial. Una errata observada: en la p. 29: dice Carlos IV por Carlos II.

*Francisco Abad Nebot*

Fox, Manuela. *Teatro y compromiso civil: Jerónimo López Mozo y Anarchia 36*. Con el texto teatral, en una nueva edición revisada y anotada. Roma, Giulio Perrone, 2011. 240 pp. (ISBN 978-88-6004-219-4 Volume pubblicato con i fondi del Dipartimento di Lingue e Letterature Straniere dell'Università di Verona).

Aunque no sabemos si calificar este libro como un ensayo acerca del tipo de teatro de compromiso escrito por López Mozo o como una edición crítica de la obra *Anarchia 36*, del mismo autor, lo cierto es que cumple admirablemente con las dos funciones. De lo que sí estamos seguros es de que viene a rellenar parte de esa gran deuda que los que amamos el teatro tenemos con un grupo de autores a los que se ha denominado “la generación más premiada y menos representada del teatro español”, llamada así por Alberto Miralles, quien se encuadra a sí mismo en esta generación al lado de autores como Luis Matilla, José María Bellido, Ángel García Pintado, Luis Riaza, José Ruibal, Romero Esteo y el propio López Mozo, entre otros. La deuda se contrae porque durante los últimos años del franquismo, esta generación mostró su gran calidad al ganar, estos dramaturgos, casi todos los grandes premios que se convocaban en España, pero, paradójicamente, casi nunca al ver sus obras en el escenario. Las universidades extranjeras parecen querer sacarles los colores a los investigadores y gentes de teatro españoles con la cantidad de investigación y puestas en escena que en Estados Unidos, Latinoamérica y el resto de Europa se hacen de estos autores. El libro de Manuela Fox es una muestra de ello.

La primera parte del libro está dividida en tres capítulos. En el primero nos expone la trayectoria de Jerónimo López Mozo en